

ESTABA Jesús en la Perea, del otro lado del Jordán, cuando llegó un emisario de casa de Simón el Leproso a decirle que Lázaro, su amigo muy amado, estaba gravemente enfermo. A sus discípulos les extrañó que no se pusiera al punto en camino para Betania, y no comprendían por qué a los comentarios que hicieran, replicara que todo aquello redundaría en gloria para el Hijo de Dios.

Por fin abandonó Jericó, el lugar de las fuentes y de los vergeles, en donde tanto se conmoviera su corazón con Zaqueo el Rico, aquel que siendo de baja estatura, había subido a un sicomoro para poder verlo pasar.

Al salir con rumbo a la Judea les declaró: «Lázaro es muerto y huélgame por vosotros que yo no haya estado allí, para que creais».

Tomás, llamado el Dídimo, iba de uno a otro de sus compañeros para que le desentrañaran el sentido de aquellas palabras, y murmuraba porque el Rabí no hablaba siempre con claridad...

Cuando se acercaron a Betania supieron que hacía cuatro días que Lázaro era muerto.

Las hermanas de Lázaro, Marta y María, seguidas de algunos amigos, vinieron a su encuentro, y María se derribó a los pies de Jesús y lloró y al verla afligida, Jesús lloró también.

Jesús preguntó en dónde lo habían puesto y lo condujeron ante el sepulcro cavado en una roca.

Era medio día y el sol brillaba sobre los campos todavía adormecidos bajo el frío del invierno.

Llegaron frente a la tumba. Nadie pronunció una palabra.

Jesús dijo: «Quitad la piedra».

Hubo que ir corriendo a buscar una barra. La trajeron y la losa que cubría la entrada de la gruta fué removida. Jesús dió un paso hacia adelante.

El silencio del campo se hizo más intenso y los presentes se quedaron inmóviles.

De pronto vieron como si la roca se estremeciera y un calofrío corrió a lo largo de cada espalda: pero era una lagartija que huía entre las grietas.

En una hendedura un enjambre de abejas había hecho su panal. Una abeja negra salió y rayó con su zumbido el silencio duro como de cristal que envolvía la escena.

Marta se acercó a la boca del sepulcro y volvió el rostro con disgusto.

«Señor, hiede ya, que es de cuatro días», murmuró.

La curiosidad quiso precipitar los circunstancias hacia la abierta sepultura, pero el movimiento se paralizó ante Jesús, que levantando los ojos exclamaba:

Lázaro

Al margen del Evangelio de San Juan

—(De las *Fantasías de Juan Silvestre*).—

«Padre, gracias te doy que me has oído, que yo sabía que siempre me oyes; más por causa de la compañía que está alrededor lo dije, para que crean que tú me has enviado».

Luego llamó y su voz fué casi un grito que desgarró aquel instante:

«Lázaro, ven fuera».

Cada uno oía la sangre retumbar en sus sienes.

En la boca del sepulcro apareció una figura blanca y un olor a pudrición mezclado de aroma de áloes y mirra se esparció por el ambiente. Un niño comenzó a gritar agarrado a las faldas maternas. A alguien le castañetearon los dientes.

Lázaro salió, los miembros presos entre las vendas, y la cabeza envuelta en el sudario.

María cayó de hinojos y las otras mujeres la imitaron. Las rodillas producían un golpe seco al caer sobre los guijarros.

Lázaro seguía de pie en el umbral. Marta, que se había asido a la piedra, dominó su terror y tuvo piedad de su hermano, quien no podía casi moverse, y cuyos miembros se sentían flaquear bajo las ligaduras. Se acercó y con voz temblorosa por el temor y la ternura, dijo:—Lázaro, hermano mío...— y se echó a llorar, mientras le prestaba el apoyo de su cuerpo joven.

Transcurrieron unos minutos que dieron la sensación de lo que es la eternidad.

Pedro insinuó:—¿Por qué no le quitáis el sudario de la cabeza?

Marta procedió a hacerlo, pero sus manos, entorpecidas por la emoción, desgarraron la tela. Y la cabeza emergió de la envoltura: un rostro pálido, verdoso, enmarcado en espesa barba oscura. Los párpados se agitaron, los ojos se entreabrieron y la mirada huyó al contacto de la luz. Se abrieron otra vez pesarosos y se quedaron asombrados y fijos en el paisaje.

Judas propuso:—¿Por qué no se le quitan las vendas? Así no puede moverse.

Marta se volvió a María como para pedirle ayuda, pero ésta contemplaba arrebatada al Maestro, quien con los brazos sobre el pecho y la cabeza caída, parecía orar.

Tomás fué quien se acercó y comenzó a desarrollar las vendas de las piernas, y a palpar con sus dedos desconfiados los pobres miembros ateridos.

El enjambre que hacía su miel en las hendeduras de la roca se puso a

zumar agresivo en torno de los que vinieran a interrumpir su trabajo.

Andrés dijo:—No es posible seguir aquí con estas abejas...

Entonces se inició la desbandada—que era casi una huida—a la cabeza de la cual iban las mujeres vecinas y amigas de Marta y María.

Tomás y Marta llevaban a Lázaro y tras ellos seguían los demás.

¿Por qué Jesús no se acercó a Lázaro ni trató de hablarle?

Ninguno daba un paso sin mirar a hurtadillas al taumaturgo y al resucitado.

A las puertas de las casas asomaban rostros llenos de miedo y curiosidad, y unos perrillos flacos y sarnosos seguían la comitiva ladrando con tenacidad, y sus ladridos desentonaban en aquel ambiente de milagro.

Simón el Leproso que se adelantara desconcertado, esperaba a la puerta. Se veía enseguida que no hallaba qué hacer. Por fin se adelantó a dar el *selám* a los que se acercaban. Trató de detenerse ante Lázaro, pero éste pasó sobre él, sin fijarla, su mirada distraída, y las palabras de bienvenida a Jesús y a sus discípulos, parecieron inoportunas. Entraron, y María dudó si debía ofrecer el asiento de honor a Jesús o a su hermano, pero aquel la sacó de su embarazo, pues declaró que deseaba descansar bajo la parra de la entrada.

* *

La nueva del milagro se había extendido por el pueblo de Betania y la casa de Simón el Leproso fué invadida por gentes que acudían a cerciorarse.

El pobre Lázaro estaba sentado en el sitio de honor, todavía envuelto en el sudario y con las vendas colgando sucias de su cuerpo. En torno suyo había un círculo de curiosos que lo miraban y lo miraban, y que al menor movimiento que hacía, emprendían la huida dándose codazos y empujones; los niños y las mujeres gritaban aterrorizados. Un olor a carne putrefacta mezclado con el de los ungüentos con que se ungió los cadáveres y con el del sudor, flotaba en la sala y hacía el aire odioso al olfato. Cuando ya no podían estar más en la sala, se iban a contemplar a Jesús, que miraba en silencio el Monte Moría cubierto de nieve.

Marta vino a traer alimento a su hermano; hubo que quitarle para que comiera, las vendas que le ceñían los brazos al tronco. No pudo masticar, tan débil estaba, y cuando bebió, los tragos bajaban haciendo ruidos ridículos por sus entrañas. Alguien se rió y Marta dirigió una mirada de reproche a los circunstantes.

Tomás el Dídimo, deseaba quedarse solo con Lázaro. Dijo a Marta que había que echar a toda esa gente. Lo condujeron a su aposento y al verlo con aquellas bandas sucias colgantes y arrastrando el sudario oloroso a humedad, mirra y áloes, las gentes no sabían si huir, llorar o reír.

Tan pronto como se supo que Lázaro descansaba en su lecho, y que se vieron libres de su presencia, todos se movieron y respiraron con más facilidad. Luego fueron a purificarse del contacto con un sepulcro.

* *

Todavía permanecieron Jesús y sus doce amigos unos cuantos días en Betania.

Ocurrió que al día siguiente de la resurrección de Lázaro, Tomás se manejó de modo que quedó solo con éste. Quería meterse y escudriñar dentro de su pensamiento que conocía la muerte, y así le dijo:

—¿Sabes, Lázaro, lo ocurrido en torno de tu resurrección? Y le contó detalladamente, de cómo habían sabido de su enfermedad estando del otro lado del Jordán; de cómo el Maestro no había querido apresurarse y de sus palabras: «Y huélgome por vosotros, que yo no haya estado allí, para que creáis».

Tomás relató hasta el momento en que Lázaro salió de la tumba, y añadió a modo de comentario:—Se ve que el maestro quería que su milagro fuese muy sonado.

Lázaro escuchaba con los ojos muy abiertos y los músculos del rostro en tensión. Al oír repetir las palabras que Jesús pronunciara ante su tumba, tendió las manos como si tratara de defenderse, las piernas se le doblaron y cayó en tierra sollozando lo mismo que un niño.

Tomás no comprendía el motivo de semejante desesperación y en vano interrogó al hombre abatido que yacía a sus pies. Tampoco pudo saber nada de lo que hay al otro lado de la vida.

Desde ese día Lázaro evitó encontrarse con Jesús. No volvió a trabajar y muy de mañana se iba a vagar por los campos y no regresaba sino hasta muy entrada la noche.

* *

Jesús partió con sus discípulos a Ephraim. Al frente del humilde grupo de galileos recorrió los caminos pedregosos y los campos estériles que rodean a Jerusalem, anatematizando a los fariseos y llenando de esperanzas a los pobres de espíritu y a los mansos de corazón.

En las tardes subía Lázaro a la cima del Monte de los Olivos y descansaba al pie de los cedros en donde

millares de palomas se arrullaban. Sus ojos escudriñaban el paisaje. ¿Por dónde peregrinaría el pobre grupo de sencillos idealistas, guiado por aquel a quien él tanto había amado?

Anochece. En el poblado los niños jugaban en la calle y las madres los llamaban desde el umbral de sus viviendas. Cuando no obedecían les señalaban la abatida figura que oteaba el horizonte desde lo alto de la colina, y los niños corrían fustigados por el miedo a buscar la protección maternal.

La nueva del milagro había ido muy lejos y de todas partes acudían gentes ansiosas de ver al hombre resucitado por el profeta galileo. Los escribas y los fariseos, alarmados de la fama que aquel iba adquiriendo, tramaron un plan para matar a Lázaro y acabar con el fermento de rebeldía que se notaba entre las clases bajas, y que amenazaba su tranquilidad y sus creencias seculares.

Fue un amigo de Jesús, Nicodemo el rico fariseo, miembro del sanedrín, quien secretamente avisara a la familia de Simón el Leproso de lo que se fraguaba contra ellos. Marta entonces se convirtió en la sombra de su hermano. Conmovido Lázaro ante la devoción de aquella criatura abnegada, se quedó en la casa, acogiéndose a los rincones más oscuros. Algunos criados abandonaron entonces la familia. Tenían miedo del resucitado que siempre buscaba la sombra, que estaba tan pálido y que miraba en torno suyo con aire de misterio y de asombro.

* *

Unos días antes de la Pascua, volvieron Jesús y sus discípulos a Betania. Cuando Lázaro los vio venir por el camino huyó hacia los campos.

En casa de Simón el Leproso se había preparado un banquete en honor del Maestro. A la hora de la comida, Marta, que por servir a los demás no tenía tiempo de andar en éxtasis y contemplaciones como María, notó la ausencia de su hermano, se fue a buscarlo por los prados y lo encontró en un olivar tumbado entre la hierba.

—Ven, hermano mío; si no vas, aquí me quedaré contigo—le suplicó.

Al ver el suave rostro que expresaba fatiga, inclinado sobre él, los ojos llenos de ternura, se levantó y la siguió.

Entró en la sala del festín, silencioso cual una sombra, distraída la mirada. Sentóse alejado de Jesús. Había muchos convidados y además una multitud de curiosos venidos con el fin de mirar al Profeta Galileo y al hombre resucitado por él. Lázaro

sentía que todos los ojos le contemplaban y trataban de sondear su pensamiento. Un inmenso desaliento se desprendía de toda su persona.

María entró con el frasco de unguento de nardo líquido, ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos. Luego, según la antigua costumbre de romper la vasija de que se sirviera un huésped distinguido, María quebró el vaso y el fino cristal estalló en un melodioso quejido. Aprovechando la confusión que produjo esta escena, Lázaro se deslizó de la sala del banquete y se fue al camino a buscar la quietud junto al sepulcro de sus mayores.

Caía la tarde. Sobre el cielo las cigüeñas pasaban el encanto de su vuelo y sobre el silencio de las praderas temblaba el balido de los corderillos.

* *

Jesús salió muy temprano hacia Jerusalem seguido de sus discípulos.

Era un domingo del mes de Nisan y la primavera se regocijaba en los campos risueños de Betfagé, Gethsemani y Betania. Las vides danzaban entre la suave tristeza de los olivos plateados y los lirios silvestres se balanceaban sobre la hierba. El polen de las palmeras se agitaba en el aire puro de la mañana y la embriaguez del amor palpitaba en todas las criaturas.

Lázaro siguió de lejos a la pequeña comitiva, y de lejos asistió al triunfo de Jesús a la entrada de Jerusalem. Lo vio subir en la blanca pollina y ser aclamado por una multitud que agitaba palmas y tendía sus mantos en el polvo para que él pasara. Volvió hacia Betania y los gritos de «¡Hosanna al Hijo de David!» llegaban hasta él mientras subía la pendiente.

¿Habría ayudado el milagro de su resurrección a ese triunfo?

Y una honda resignación se tendió sobre la rebeldía dolorosa que fermentaba en su espíritu y la calmó.

* *

Trascurría la semana. La familia, que parecía no temer ya ninguna asechanza, había descuidado a Lázaro; la misma Marta lo tenía olvidado. Entonces volvió a su costumbre de vagar por los campos de la mañana a la noche.

Desde otro día de partido Jesús, buscó refugio en la choza de un pastor de la casa, y mandó a avisar a Marta que allí se quedaría por unos días.

Una tarde, ya casi anochecido, vio subir de Jerusalem hacia Betania a sus hermanas, a Simón y a algunos discípulos de Jesús. Caminaban con

lentitud, con agobiado ademán. Andrés y Santiago traían a María como si viniese desmayada. Se acercó a ellos y al verlo, Simón se desgarró las vestiduras y Marta sollozó:—¡Hermano, el Rabí ha muerto!...

—¿El Rabí?—gritó Lázaro.

—Sí, el Rabí, aquel que te resucitó—exclamó Simón, mesándose los cabellos.

—Murió en una cruz, escarnecido de todos—murmuró Andrés.

¿Y el triunfo del domingo que acababa de pasar? Le pareció ver al maestro cabalgando en la pollina, la brisa primaveral agitándole los cabellos y ondulándole el manto. ¿Y entonces? habían podido más los fariseos, aquella «raza de víboras» y los epicúreos saduceos? ¿Acaso eran más fuertes que el profeta? ¡Muerto! ¡Muerto! Y él, Lázaro, estaba allí vivo, sintiendo la angustia de su carne.

¿Qué era esta confusión terrible que bullía dentro de su cabeza?

Abandonó el grupo y subió corriendo el Monte de los Olivos.

A lo lejos se veía Jerusalem hundándose en la sombra, Jerusalem cuyo corazón parecía ser el inmenso templo del que apenas se veían brillar las terrazas. Lázaro miró con odio aquella morada en donde se daban cita la soberbia, la hipocresía y el mercantilismo judíos.

¿Para seguir contemplando eso, era que su amigo tan amado lo había sacado de la muerte? ¿Para seguir viendo a esos insensatos pasearse triunfantes con sus mantos de franjas rojas, con lo que creían distinguirse de los paganos, y ostentando con odiosa piedad, pasajes de las Escrituras en las filacterias que llevaban sobre la frente o atadas al brazo? ¿Para seguir viviendo entre esas existencias que el maestro comparaba con sepulcros blanqueados?

Volvió la mirada y se encontró con la desolada depresión del Mar Muerto.

Un sollozo subió a su garganta. Entre los cedros seculares las palomas seguían arrullándose.

¿Por qué había podido la maldad? ¿No era, entonces, Jesús, el Mesías?

Lázaro descendió la colina y se dirigió al sepulcro de sus mayores. No encontró a nadie en el camino. Todavía la losa no había sido bien colocada en su lugar y dejaba una abertura por donde se podía deslizar una persona. Entre la hierba había quedado olvidada la barra que sirvió el día de su resurrección. Armado con ella, Lázaro se introdujo en el sepulcro y removió la losa hasta que cubrió completamente la boca.

El campo quedó silencioso y desierto. En la madrugada cayó una

fuerte lluvia y borró las huellas que habían quedado a la entrada de la tumba.

CARMEN LIRA

Es Ud. chic y necesita un vestido de Frac o de Smokin, a la última moda?

ACUDA A LA

SASTRERÍA COLOMBIANA

DE FRANCISCO GÓMEZ Z.

Cuenta con larga práctica y operarios competentes para la confección de trajes.

Precios los más económicos

Avenida Central

Frente a la tienda Kepfer.

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior: » 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475
Buenos Aires

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 555

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »
En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.	

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO y recoméndelo a sus amigos.



Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

DOCTOR OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALEERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Rodolfo Otto: <i>Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios.</i>	₡ 5.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	1.00
José M. ^a Chacón y Calvo: <i>Hermano Menor</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbagemata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
E. Diez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardín de amor</i>	2.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Anfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Luis Cané: <i>Mal estudiante</i>	4.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
Savitri, episodio del <i>Mahabhárita</i>	1.00
Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am.	